

Tengamos Más Embarazos Adolescentes

Sábado, 21 de Septiembre, 2002

F. Mathewes-Green

Porqué deberíamos casarnos más temprano, en lugar de hacerlo más tarde.

El verdadero amor espera. Espera el entrenamiento. Espera lo que valga la pena. Los lemas de los programas de abstinencia juvenil revelan un hecho básico de la naturaleza humana: los adolescentes, el sexo y el esperar no forman una combinación natural.

En los últimos cincuenta años la espera se ha vuelto más larga. En 1950 la edad promedio de la muchacha que era novia por primera vez era de unos 20 años; en 1998 tenía cinco años más, y su marido estaba rondando los 27. Si ese novio de Junio hubiera entrado a la pubertad a los 12 años, se habría mantenido esperando más de la mitad de su vida.

Esto es, si en verdad *ha* estado esperando. El sexo es el baño de azúcar en el impulso hacia la reproducción, y ese impulso es casi irresistible. Se supone que así sean las cosas; es el motor de la sobrevivencia de la raza humana. El luchar contra él significa luchar contra un instinto corporal básico, semejante a luchar contra la sed.

Sin embargo, a pesar del conflicto entre liberales y conservadores en casi todos los tópicos disponibles, este es un punto en el que concuerdan firmemente: la gente joven absolutamente no debe tener niños. Aunque están en desacuerdo con respecto a los medios – los conservadores abogan por la abstinencia, los liberales favorecen la contracepción – concuerdan en esa meta común. La generación más joven no debe producir una generación más joven.

Pero el embarazo adolescente, en sí mismo, no es una cosa tan mala. Para cuando tiene 18 años el cuerpo de una mujer joven se encuentra bien preparado para el parto y el alumbramiento. Los hombres jóvenes están igualmente calificados para hacer su parte. Ambos pueden tener un mejor éxito en la empresa de lo que tendrían en años posteriores, como algunos riesgos para la salud – la operación Cesárea o el síndrome de Down, por ejemplo – que se incrementan a medida que pasan los años. (Por otro lado, los peligros que asociamos con el embarazo adolescente son relacionados con la conducta, no biológicos: uso de drogas, enfermedades sexualmente transmitidas, aborto previo, juventud extrema y falta de cuidado prenatal.) La fertilidad de una mujer ya ha comenzado a declinar a los 25 años – una razón por la cual los controles de población promueven el aplazamiento de los hijos. El tener hijos temprano también recompensa la salud de la mujer con una protección agregada contra el cáncer de seno.

También, las mamás y los papás más jóvenes probablemente sean más hábiles en la crianza de los niños, menos propensos a agotarse con el movimiento permanente de los niños que comienzan a caminar. Les crujen menos las articulaciones cuando es momento de columpiarse en las barras paralelas. Sospecho que los padres jóvenes también serán más pacientes con el bullicio de los muchachos, y menos propensos que los abatidos con cuarenta y algo quienes les ruegan a los pediatras que controlen con drogas alguna supuesta patología. Los humanos están diseñados para reproducirse en sus años de adolescencia, y

son potencialmente muy buenos en ello. Esa es la razón por la cual desean tanto esto.

El embarazo adolescente no es el problema. El problema es el embarazo de adolescentes *no casadas*. Es el nacimiento de niños fuera del matrimonio lo que causa todo el problema. Restaure un entorno que apoye el matrimonio en años más tempranos y usted no tendrá que pelear contra la biología durante una década o más.

La mayoría de nosotros palidece frente al pensamiento de nuestros hijos casándose por debajo de la edad de 25 años, mucho menos por debajo de los 20. La reacción inmediata es: “Son demasiado inmaduros.” Esperamos que los adolescentes sean auto-centrados e impulsivos, incapaces de cargar con las responsabilidades de la vida adulta. Pero las cosas no han sido siempre de esa manera; a lo largo de mucho de la historia la norma era el matrimonio y el nacimiento de los hijos en la adolescencia. La mayor parte de nosotros encontraríamos nuestros árboles genealógicos salpicados con muchos matrimonios adolescentes.

Por supuesto, aquellos eran los días en los que se presumía que los adolescentes ya crecidos eran verdaderamente “jóvenes adultos.” Es difícil imaginarnos tal cosa hoy. No es que los jóvenes sean inherentemente incapaces de asumir responsabilidades – la historia refuta eso – sino que ya no lo esperamos. Solo hace unas décadas un diploma de la secundaria era tomado como prueba de adultez, o al menos como una promesa de que el muchacho flaco que lo tenía estaba listo para comenzar a actuar como uno. Más de un muchacho salía de la graduación hacia el mundo del trabajo diario el cual no dejaría hasta que le salieran canas; más de una chica comenzaba a convertir el rincón de un pequeño apartamento en una sala cuna. Puede que las expectativas hayan sido humildes, pero eran alcanzables, y muchas buenas familias se formaron de esta manera.

Oculto en ese escenario se encuentra una presuposición no declarada, que un joven adulto puede ganar lo suficiente como para sostener una familia. A lo largo del curso de la historia, la edad del matrimonio generalmente ha estado limitada por la pubertad por un lado, y la habilidad de sostener una familia por el otro. En los buenos tiempos, la gente se casa joven; cuando las posibilidades son pobres, las parejas batallan y ahorran para el día de su boda. Una cultura donde los hombres no se casan hasta los 27 años normalmente presenta elementos como repetidos fracasos en los cultivos o depresión económica.

Ese no es el caso hoy en los EUA. En lugar de ello tenemos una situación *artificial* que hace que el matrimonio sea pospuesto. La edad en la que un hombre, o una mujer, pueden ganar un ingreso razonable ha ido incrementándose regularmente a medida que la educación ha ido rebajando su contenido. La condición básica de ser capaz de ser empleado que usualmente se demostraba por medio del diploma de secundaria ahora requiere un título de Bachillerato, y las carreras profesionales que generalmente eran accesibles con un Bachillerato ahora requieren un título de Maestría o más. Los años siguen pasando mientras los muchachos siguen intentando conseguir las credenciales que requieren las ganancias de adultos.

Sin embargo, la habilidad financiera no es nuestro único interés; estamos convencidos que los jóvenes son simplemente incapaces de la responsabilidad adulta. Esperamos que tengan

un pobre control de sus impulsos, que se centren en sí mismos, que sean emocionales e incapaces de visualizar las consecuencias. (En lugar de ello es extraño que se espere que los chicos, de quienes se piensa que son demasiado irresponsables para el matrimonio, practiquen una abstinencia heroica o la contracepción diligente.) La presuposición de irresponsabilidad juvenil tiene raíces más amplias que solamente nuestra estimación de la naturaleza de la adolescencia; involucra nuestra misma idea del propósito de la niñez.

Hace un siglo más o menos se presumía que los niños se encontraban en entrenamiento para ser adultos. Desde los primeros años los niños ayudaban a atender la casa o atendían el negocio o la granja de la familia, asumiendo más responsabilidad cada día. Para los años superiores de la adolescencia los niños estaban listos para graduarse de la adultez plena, un estatus que ellos recibían como un honor. Qué tan temprano podía comenzar esta transición se indica por el número de ceremonias tradicionales religiosas y sociales relacionadas con el aumento de la edad que se administraba a los jóvenes en edades de 12 ó 13 años.

Pero ya no pensamos de los niños como adultos en progreso. La niñez ya no es un campo de entrenamiento sino un parque de diversiones, y debido a que amamos a nuestros niños y que sentimos nostalgia por nuestra propia niñez, queremos que sean capaces de permanecer en ese estado tanto tiempo como sea posible. Cultivamos la idea de una niñez idílica y despreocupada, y a medida que los años educativos se han alargado también lo han hecho los límites para el parque de diversiones, de manera que esperamos que incluso los “chicos” de veinte y más años eviten el dejar el hogar. Una vez más, no es que las personas de esa edad *no puedan* ser responsables; sus ancestros lo eran. Es que a cualquiera, a quien se le ofrezca la oportunidad de relajarse y seguir jugando, generalmente aprovechará la oportunidad. Si nuestra cultura asumiera que las personas de 50 años van a tomarse un descanso de un año sin atender sus responsabilidades, hacer que todos sus gastos sean pagados por alguien más, pasaran su tiempo divirtiéndose y cometiendo errores perdonables, nuestros centros comerciales estarían invadidos por delincuentes de mediana edad.

¿Pero no tienden los matrimonios jóvenes a terminar en divorcio? Si les comunicamos a los jóvenes que pensamos que son inherentemente incompetentes eso se convertirá en una profecía de auto-cumplimiento, pero esto no fue siempre el caso. De hecho, en los días cuando las personas se casaban más jóvenes el divorcio era mucho más raro. Durante la última mitad del siglo veinte, mientras la edad de las novias se elevaba de 20 a 25 años, la tasa de divorcio se duplicó. La tendencia hacia las parejas mayores, y presumiblemente más maduras, no resultó en matrimonios más fuertes. La durabilidad marital tiene que ver más con las expectativas y el apoyo de la sociedad circundante que con las edades de los contrayentes.

Un patrón de matrimonio más tardío en realidad puede *incrementar* la tasa de divorcio. Durante esa década inicial de la adultez física la gente joven puede que no se esté casando, pero todavía se están enamorando. Se enamoran y rompen, y pasan por un terrible dolor, pero encuentran que con el tiempo se sobreponen. Pueden hacer esto muchas veces. Gradualmente se acostumbran a esto; aprenden que pueden entregar sus propios corazones y luego tomarlos nuevamente; aprenden a escudar sus corazones en primer lugar al acceso. Aprenden a abordar una relación con la meta de conseguir lo que quieren, y tener listas sus

maletas al lado de la puerta. Para el momento cuando se casan pueden haber tenido muchas oportunidades de aprender cómo evadir una promesa. Se han estado entrenando para el divorcio.

Como muy bien sabemos un patrón social de matrimonios pospuestos no significa sexo aplazado. En 1950 había 14 nacimientos por mil mujeres no casadas; en 1998 la tasa se había disparado a 44. Incluso ese asombroso incremento no relata toda la historia. En 1950 el número de nacimientos generalmente se correspondía con el número de embarazos, pero para 1998 debemos añadir muchos más embarazos fuera del matrimonio que no llegaron al nacimiento, sino que terminaron en aborto, aproximadamente uno de cuatro embarazos terminaron así. La ciudad donde vivo, Baltimore, se gana el listón azul en nacimientos fuera del matrimonio: en el 2001, 77% de todos los nacimientos ocurrieron entre madres no casadas.

Hay una cantidad de razones que se entrelazan para este aumento de nacimientos entre personas no casadas, pero un factor seguramente debe ser que cuando los requerimientos que se presumen necesarios para el matrimonio se elevan demasiado, algunas personas simplemente yerran el blanco. Una cosa es pedirles a los chicos nerviosos que se abstengan hasta que terminen la secundaria a los 18 años. En lugar de ello cuando la expectativa es esperar hasta los 25 ó los 27, muchos se rehusarán a esperar del todo. Nos entristecemos, pero ya no nos sorprendemos, cuando vemos chicas teniendo bebés a la edad de 12 ó 13 años. Entre 1940 y 1998, la tasa en la cual las chicas entre 10 y 14 años tuvieron sus primeros bebés casi se duplicó. Las experiencias sexuales de estas jóvenes madres generalmente son clasificadas como “no voluntarias” o “no deseadas.” Pedirles a los muchachos que esperen hasta el matrimonio es una manera en la que una cultura sana protege a las chicas jóvenes.

La idea de retornar a una era de matrimonios jóvenes todavía parece desalentadora, por buenas razones. No es solo un asunto de celebrar bodas entre muchachos de 18 años con ojos soñadores y luego lanzarlos al mundo. Nuestros ancestros fueron capaces de casarse jóvenes porque estaban rodeados por una red de apoyo que les capacitaba para ese paso. Las personas jóvenes no son intrínsecamente incompetentes, sino que aún tienen muchas cosas que aprender, igual que los recién casados de cualquier edad. En las generaciones pasadas una pareja joven estaría rodeada por familiares y amigos quienes podrían guiarles y apoyarles, no solo a navegar por las costas del nuevo matrimonio, sino también en las habilidades prácticas de hacer las tareas de una familia, mantener un presupuesto, reparar un techo que gotea o cambiar un pañal mojado.

No es bueno que el hombre esté solo; y tampoco es bueno que una joven pareja esté aislada. En esta era de educación prolongada las parejas que se casan jóvenes probablemente lo hagan antes de terminar la universidad, y eso requerirá algunos sacrificios. No pueden esperar “tenerlo todo.” De los tres factores – vivir por su propia cuenta, tener bebés y ambos cónyuges asistiendo a la escuela a tiempo completo – algo tendrá que ceder. Pero el matrimonio joven puede tener éxito, como siempre lo tiene, con el apoyo de la familia y los amigos.

Me casé una semana después de la graduación en la universidad, y tanto mi esposo como yo

inmediatamente fuimos a la escuela de graduados. Vivimos dentro de nuestros medios trabajando como porteros en las tardes, limpiando pisos y lavando baños. Estábamos lejos del hogar, pero nuestra iglesia era nuestro hogar, y por medio de la amabilidad de familias más experimentadas tuvimos muchos tipos de apoyo – de hecho, todo el que necesitábamos. Cuando nació nuestro primer hijo estábamos tan invadidos de pañales, ropas y regalos que nuestro único gasto fue la factura del hospital.

Nuestra hija y nuestro hijo mayor también se casaron y comenzaron familias jóvenes. Las cosas no resultan fáciles para aquellos que sigan la norma, pero con la ayuda de la familia, la iglesia y de programas creativos de la universidad al trabajo ambas familias jóvenes están saliendo adelante. El matrimonio temprano no puede ocurrir en un vacío; se requiere apoyo en muchas direcciones, y sería tonto pretender que los costos no son altos.

Las recompensas también son altas. Es maravilloso ver a nuestro hijo y a nuestra hija florecer en matrimonios fuertes y gozosos, y un gozo inesperado de contar con una nueva hija y un nuevo hijo en nuestro círculo familiar. Nuestra copa también rebosa de nietos: para Julio ya tenemos cuatro nietos, aunque el mayor apenas tiene dos años. Yo tengo 49.

Es interesante pensar en el futuro. ¿Qué si el nieto mayor también se casa joven, y tiene su primer hijo a la edad de 20 años? Tendría mi bisnieto a la edad de 67. Incluso puede seguir luego un tataranieta a los 87 años. Estaría lejos de entrar a la ancianidad sola. Mis nietos y sus hijos estarían crecidos también, y disponibles para rodear a las generaciones más jóvenes con muchas mentes llenas de recursos y con corazones cariñosos. Incluso son posibles cosas más extravagantes: provengo de una familia con mucha longevidad, algunos de sus miembros sobrepasaron los 100 años. ¿Cuánto podría yo vivir para ver una familia tan grande?

Tal especulación crea un torbellino – sin embargo, estos sueños no son imposibles, y con seguridad no se hallan sin precedentes. Las generaciones cercanamente entrelazadas y que se ayudan mutuamente deben haber sido un espectáculo común, en los días antiguos cuando el matrimonio joven era afirmado, y a la gente joven se le permitía hacer lo que viene naturalmente.

Frederica Mathewes-Green es una destacada escritora para *Cristianismo Hoy*, para la revistas *Touchstone* y *Citizen* del ministerio Enfoque a la Familia y de otras numerosas publicaciones. Su sitio web es <http://www.frederica.com/>.

Este artículo fue tomado del sitio web <http://www.christianculture.com/>.